

No hay duda que los cambios que experimenta la humanidad, especialmente a partir de los hechos acaecidos el 11 de septiembre último, tienen hondas repercusiones en el vida espiritual de los hombres y mujeres.

Cuando los ideales político-culturales y religiosos de hombres y mujeres, de pueblos y comunidades, escogen como mediaciones, de manera unilateral, una pura ética de convenciones, esos ideales están más cerca de perderse que de salvarse y, por ende, de no tocar a la persona humana como el centro y pasa a ignorarla.

Se necesita ser muy ingenuo para no creer que los procesos de globalización, no conllevan en su realización, signos de violencia, poder de imposición y una sospechosa fuerza interna de “homologación cultural”, aun cuando despliegue a grandes voces la tutela de palabras claves para la sociedad como “democracia y libertad”.

Por otra parte, una mirada al mundo, teniendo como referente la mirada de Dios sobre su obra creada: “Y vio Dios que era bueno”, nos invita a afrontar con valentía la situación y realidad mundial y local cada vez más variada y compleja. Esto se hace más urgente para nuestra acción evangelizadora al considerar que en el fondo de la nueva situación mundial, se observa una relación con lo religioso. Diríamos mejor, con las búsquedas de trascendencia en el ser humano. Búsquedas que cuando no tienen de fondo, un deseo sincero de combinar la verdad del ser humano, la misión en el mundo y su destino final, reflejan ambigüedades y falsean la verdad de sí mismo y equivocan los caminos. Por lo cual, “se detecta un oscurecimiento de la verdad ontológica de la persona humana. Y esto sucede como si el rechazo de Dios quisiera significar la ruptura interior de las aspiraciones del ser humano. Se asiste así en muchas partes, a un relativismo ético que quita a la convivencia civil cualquier puerto seguro de referencia moral” (DGC, 23).

Ahí es donde la Evangelización encuentra un espacio privilegiado para la acción. La misión de la Iglesia es anunciar la Verdad del ser humano revelada por la persona de Jesucristo. Por tanto, se trata de dar a conocer a todos los hombres y mujeres, el auténtico significado de la dignidad humana y del designio salvífico-amoroso de Dios.

Este anuncio gozoso y liberador para el ser humano, la Iglesia lo realiza por medio de testigos cualificados, que a través de la catequesis, propician el encuentro con Jesucristo y progresivamente van afianzando sus vidas en El y se insertan en comunidades de fe y esperanza que les animan en su existencia cristiana.

Las precedentes interpelaciones a la Evangelización, representan un desafío para la acción catequética en la Iglesia. Hoy sentimos que la catequesis “tiene la necesidad de renovarse continuamente en un cierto alargamiento de su concepto mismo, en sus métodos, en la búsqueda de un lenguaje adaptado, en el empleo de nuevos medios de transmisión del mensaje” (C. Tr. 17). No cabe duda que esta primacía de la renovación, solo se puede concebir a partir y en sintonía con una atenta escucha del Señor que nos invita a “no tener miedo” frente a la complejidad del momento presente. Además, desde la promesa que el Señor nos ha dado: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), podemos encontrar fuerzas y energías para reavivar y renovar el ardor de la vida cristiana a través de una acción catequética que considere a sus destinatarios niños (as), jóvenes y adultos– en sus reales dimensiones, para acompañarlos en la experiencia del encuentro personal y comunitario con Jesucristo a fin de que El sea la fuerza inspiradora para sus vidas.

Pero hemos de ser conscientes que no son fórmulas o metodologías catequéticas, las que renueven la misma acción y las que nos salven. Es en la persona de Jesucristo y éste, conocido, amado, vivido y celebrado en la vida personal y comunitaria, donde podremos tener una catequesis nueva. Así podremos responder al derecho que tienen nuestros hermanos y hermanas a una catequesis adecuada. Ya nos decía el Directorio General para la Catequesis: “La Iglesia tiene el deber primario de darle respuesta de forma conveniente y satisfactoria. En este sentido hay que recordar, ante todo, que el destinatario del Evangelio es el hombre concreto, histórico, enraizado en una situación dada e influido por unas determinadas condiciones psicológicas, sociales, culturales y religiosas, sea consciente o no de ello” (DGC 167).

Creemos, y por medio del aporte de estudiosos y expertos en el tema de la catequesis, en este número de nuestra revista Medellín, que la acción catequizadora en la Iglesia continental, está llamada a ser portadora de la Buena Nueva. Es decir, ayudar a las personas a ser más personas, a que crezcan en humanidad. Y desde esta experiencia de crecimiento, asumir el estilo de vida de Jesucristo y la causa suya: ser constructores del Reino de Dios.